



Y CON ESTO TERMINO
DE HABLAR SOBRE EL AMOR

Alejandro Céspedes



Biblioteca Virtual ACEB

© copyright: Alejandro Céspedes 2008

© Asociación Cultural La Baragaña (para esta edición electrónica)

© Alejandro Céspedes (imagen de portada)

1ª Edición: Ediciones Vitruvio, 2008. ISBN: 978-84-96830-53-0

2ª Edición: Códice de Barras, 2012.

3ª Edición: Biblioteca Virtual ACEB, 2020.

Esta edición, por ser de carácter gratuito, no precisa de ISBN o Depósito Legal.

Este documento se encuentra en la versión 1.0; que ha sido finalizada el día 26 de septiembre de 2020. Quizá se pueda obtener una copia en distintos formatos o en una versión más reciente de la obra en la página web de la asociación:

<http://www.bibliotecavirtualaceb.org/>

El presente libro puede ser descargado total o parcialmente en cualquier tipo de plataforma de lectura para uso personal e individual. Para ser publicado en papel o en cualquier otra biblioteca virtual, blog, página web o similares deberá contar con la autorización expresa del autor.

La autoría de la obra está protegida por Copyright.

Y CON ESTO TERMINO
DE HABLAR SOBRE EL AMOR

(1979 – 2007)

BIBLIOTECA VIRTUAL ACEB



Algunas cosas...

Y CON ESTO TERMINO DE HABLAR SOBRE EL AMOR es el fruto de la reescritura de otros libros anteriores (*La noche y sus consejos*, *Muchacho que surgiste* y *Tú, mi secreta isla*) con motivo de la publicación de la poesía reunida: *Sobre andamios de humo* (1979-2007).

Esta reescritura intentó en todo momento mantener fiel el espíritu del principio de aquellos años ochenta que inspiró los textos originales. Por este motivo se cambió el título del poema de la página 50 por el que hoy tiene, más respetuoso con la realidad. Aunque, qué duda cabe, *Cool* es hoy más representativo. Muchos de los textos tienen el mismo comienzo en ambos libros y algunos, quizá demasiados, conservan versos intactos. En esta ordenación que supuso entonces la edición de mi poesía reunida algunos poemas de este libro fueron removidos desde *James Dean, amor que me prohíbes* para lograr no se sabe bien qué pretendida unidad, porque ambos compartieron, en sus versiones originales, publicación: papel y tiempo. Ya se sabe que los intentos de ordenar accionan el desorden.

Se intentó eliminar toda la retórica que fue posible para no alterar, o no negar el tiempo al que pertenecen. Aún así la depuración fue

grande, igual de grande fue la imposibilidad de no hozar.

Y con esto termino de hablar sobre el amor dibuja un clima social y emocional -hubo otros, por supuesto, cada cual vive el suyo- de cierta época en la que, como dijo William Blake casi dos siglos antes, “el amor, el dulce amor, era pecado”. El amor nunca cambia. Es una energía, siempre propia, con la que se insufla el alma en los amados para que nuestro amor pueda habitar en ellos. Visto así, fríamente, más parece que estuviese describiendo un *allien*, pero si se reflexiona un poco más veremos que no existe tanta diferencia. Cuántas veces oímos esta frase fatídica, por necia: “cómo he podido yo estar con eso”. “Eso” siempre fue para todos los demás el mismo “eso”. Únicamente la sábana con que cubrimos la realidad del otro nos lo oculta. El amor crea fantasmas para poder amar. La energía que se pone en el amado y que luego se recoge para volver a poner en otro cuerpo los iguala. Tengo para mí que nos pasamos la vida amando siempre lo mismo, sólo cambian los disfraces. Pero cada cual que piense lo que quiera, afortunadamente ese tipo de verdades son internas y las fabrica nuestro propio cerebro.

Habrá quien se equivoque al identificar al poeta con el personaje -los personajes- de estos poemas. He vivido el teatro desde los diecisiete

años y siempre me ha fascinado la creación de personajes. En este libro investigo sobre voces sumisas, silenciadas, marginales porque esa era una de las consecuencias de la homosexualidad de aquella época. Muchos años más tarde hice algo parecido en *Los círculos concéntricos*. Voces de viejos, de jóvenes y niños. Voces enamoradas y cansadas. Las voces de mi voz. Voces anónimas. Es bueno desdecirse para reafirmarse.

Aunque hay repetido tantas veces mi convicción de que no existe nada más allá de lo biográfico -esto que estás leyendo forma ya parte de tu propia biografía- mala poesía la que trata de serlo únicamente desde lo biográfico. La creación poética también es eso, inventar desde lo no vivido. Describir el lugar donde no se ha estado nunca. Crear espacios que no puedan estar en ningún sitio.

En *Y con esto termino de hablar sobre el amor* hay algunos textos ñoños, sensibleramente despreciables. ¿Por qué no los he suprimido? Siempre me hago esta misma pregunta con todos mis libros. En realidad, cuando me pongo a corregir y tirar -y lo hago mucho aunque pudiera no parecer tanto- llega un momento en que, verdaderamente, todo me parece suprimible. No hay nada necesario en realidad. ¿Por qué he quitado aquello y dejo esto? Al final llego al convencimiento de su escasa importancia. El

lector no podrá discriminar nunca sobre lo que no está y vuelvo a darme cuenta de que escribir no es más que poner una palabra delante de la otra. Con este pensamiento nunca hubiese tenido material para publicar un libro. Irían quedando dos, tres poemas, durante algún tiempo y luego...

La conclusión que se puede sacar de todo esto seguramente es cierta: quizá mis libros existan por simple acumulación. Lo escribo en *Topología... se impone digerir, es difícil sobrevivir a la abundancia.*

Pedir benevolencia en la lectura es de necios y yo jamás he aplicado esta debilidad leyendo a otros. Decir que *Y con esto termino de hablar sobre el amor* y *James Dean, amor que me prohíbes* son libros de juventud (a los demás ya no se les puede aplicar el atenuante de la edad) es hacer el ridículo intentando pedir disculpas previas. Únicamente en mí estaba la decisión de quemarlo -en aquel tiempo- o en este en que vivimos acatar la sentencia del *delete*.

Ñño, sensiblero, prescindible... *Y con esto termino de hablar sobre el amor* es lo que supe escribir en 1979-1983 y reescribir años más tarde. Tiempo he tenido de sobra para querer rectificar.

Alejandro Céspedes
Navalperal de Pinares, 1 de octubre de 2012



*No existe más amor que el imposible.
Y es fácil distinguirlo. No se olvida.*

*“Así fui, desde niño, acostumbrado
al ejercicio de la irrealidad.”*
Jaime Gil de Biedma



Y qué

si me alimento de los muertos
que poblaron mi infancia, mitos rancios
corriendo por los sueños a escondidas
de padres y de amigos,
y hasta a veces de mí
cuando ya no quedaban artimañas
para tener en pie las fantasías.

Y qué

si no soporto esta casa nueva
en la que habitan muertos verdaderos,
padres, hermanos, sórdidos ronquidos
que hieren mortalmente a los fantasmas
que, a fuerza de rezar la noche entera,
consigo que revivan de las revistas porno.

Y qué

si se me antojan las paredes
revestidas de cuerpos tan desnudos
como mi desazón por no poderlos
amar ni sobre el clímax del insomnio.

Y qué

si sueño a veces
con que los basureros,
adornados con flores de hojalata,
recogen los deseos de las bolsas de plástico
y los devuelven íntegros, cumplidos

a sus dueños
y me los traen aquí,
por la ventana abierta,
desnudos como muertos que han bebido
de golpe el alcanfor de mi nostalgia.

Y qué
 si ya prefiero esa blancura
de la piel de un cadáver en mis manos
antes que disfrazarme ante los otros
de lo que ellos quieren que yo sea.

Y qué
 si necesito unos retretes,
una estación, un parque,
la esquina de una noche,
 un cuarto oscuro
donde acudan en busca de trofeos
otros adolescentes engañados.

Y qué
 si sólo tengo esta ventana
para mirar un mundo prohibido
que está latiendo siempre en otras manos,
en las sombras que buscan tras las tapias
fundirse sus volúmenes,
en los rastros blancuzcos que entre los soportales
proclaman que la urgencia pudo más que el amor,
que este amor que me agota y que se agota

en las fotos pegadas por el uso
a la siguiente página.

Y qué

si ya no puedo soportarlo.

Si cansado de amar a fotos muertas
introduzco mi aliento en una bolsa
de plástico y aspiro el pegamento,
y en esta irrealidad que me deslumbra
y pone mi cerebro en cuarentena
aprendo a fecundar a los fantasmas
con los que he de vivir
en esta casa nueva, llena, estéril.

Fuimos creciendo juntos,

dependíamos
del ciclo que marcaban los veranos.
Uno a uno, siempre atentos al próximo,
tantos meses de espera para vernos
unas pocas semanas que se hacían
más fugaces en el siguiente año.

La prisa de la edad en nuestros cuerpos
nos fue desconociendo poco a poco.
A ti un verano te salieron pecas.
El siguiente creciste demasiado
y esa distancia iba acrecentándose
más allá de lo físico.
Otro fue el del vello en las axilas,
y el mejor, el más grande, el asombroso
y a la vez el más triste de todos tus secretos,
fue cuando me enseñaste,
descorriendo milímetro a milímetro
la cremallera de tus nuevos jeans,
el vello que crecía debajo del ombligo
como una escalerilla que bajaba
al pozo en que se ahogaban mis secretos.

No sé por qué cambió, desde ese día,
el principio y el fin de nuestros juegos.
Ya no ir a robar fruta.
Nunca más las caricias simuladas
mientras te sostenía junto al árbol.

No disputarnos más la más jugosa.
No comprobar si el gusto era distinto
según fuese la boca que mordía.
No ensayar nunca más sobre mis labios
los besos que darías a las chicas.

Y yo enfermo de sed todo el invierno,
toda la primavera y el otoño
esperando el calor que nos uniese.
Y empeorar más al darme cuenta
que cada vez tu boca, que yo seguía queriendo
beber hasta quemarme, estaba más lejana,
dejando su humedad sobre otros labios.

Otra vez más

tus pantalones cortos
y el sol del mes de julio
acostado en los músculos del vientre.
Otra vez ese miedo de acercarme
más de lo que tú dejas,
otra vez esa avispa de los celos
con la que me castigas
cuando me aparto un poco de tus redes.
Consientes que te espíe mientras vas
desnudándote
y después me abandonas
entre las zarzas del remordimiento.
Huyes al disimulo.
Escondes tras los juegos tus deseos
pero, furtivamente, van tus manos
hasta el borde inexacto de mis muslos.
Estiras hasta el límite
el cobijo que ofrece la inocencia
y yo cedo otra vez a tus engaños.

Y así siempre.
Verano tras verano el mismo empeño
en comprobar si tú también tenías
esa fiebre que a mí tanto me ahogaba.
Estudia mucho. Aprueba,
te decía pensando en que tus padres
te dejaran pasar las vacaciones
conmigo, no en la nota final de tu expediente.

Fue la única vez
que me hiciste más caso de la cuenta.
Tus padres decidieron que tenías
tanta facilidad para el estudio
que había que empezar con otro idioma.
Te odié a ti,

a tus padres,

a Inglaterra.

En su niebla te fuiste disipando.
En el humo
del fuego que borraba los rastros
de nuestra infancia estéril
y siempre acobardada
donde no supe nunca retenerte.

Accedes a mí ahora, cuando tuve
que irte desconociendo en otros cuerpos.
Cuando a fuerza de hurgar en tantos otros
te fui desfigurando
para poder hallarte en todos ellos.
Vienes a mí, hasta el hombre,
para encontrar al niño que no fuimos,
ahora,
cuando de todo aquello nada existe
y el rito incuestionable de quererte
ahonda en esta herida siempre abierta.
¿Ahora sí?

¿en otro turbio encuentro?

Estas entregas tuyas,

silenciosas, oscuras, a hurtadillas,
siempre al borde de todo lo intangible,
me hacen morir en ti, ir soportando
una degradación siempre penúltima,
otra humillación más que me condena
a una infancia preñada de barrotes.
Me sometes a todos tus saqueos.
Tu estudiada inocencia me consiente
que esta noche de nuevo intente amarte.
Tu juego es tan antiguo
como lo es mi recuerdo,
esa materia estéril que construyo
con tu propia materia.
Por eso sabes tanto de mí como yo mismo
y colocas tus trampas,
enciendes las antorchas del chantaje
y, con sus refulgencias, el pasado
que edificué con tus ladrillos falsos
me hace creer que todo permanece,
que existió ese verano y aquel niño
al que puedo volver.





Fue el vértigo de vernos

tan cercanos.

Fue la edad de un amor funambulista
que tenía recato en entregarse.
Era el vértigo, sí, era la noche,
sus tenaces misterios,
lo que nos incitaba
a hallarnos uno en otro
como desconocidos,
a tantear el cuerpo con tal miedo
que fui arrastrando siempre esa destreza
de amar con lentitud, aunque tuviese
por dentro el corazón dando portazos.

En esa insolación, nuestras edades
fueron aproximando sus deseos.
Niñez,
adolescencia,
fronteras no cruzadas
hasta que el desconcierto
de ese sexo indeciso
que no sabía aún manifestarse,
se cansó de batir sus alas contra el agua.

Época de libélulas
donde acuden los niños que se aman,
una vez,
y luego se desmayan y caen en el olvido

para no volver más a edificarse.

Nuestras bocas, frágiles todavía,
desconocían la sed que vendría luego.

La infancia, así fue muerta.

El amor que allí hubo y que bebimos
como agua primigenia se fue al fondo,
fue posando,

posando,

fue secando,

convirtiéndose en barro,

en tierra seca,

en polvo

que tú ya no recuerdas

que estuvo enamorado.

VIAJE DE FIN DE CURSO

Se hirieron de nostalgia ante el asombro
de descubrir Lisboa en los cristales
sucios del autocar del instituto.
Cruzaron sobre el puente Veinticinco de Abril
como niños absortos sobre un río de plata.
En aquel día nublado pareció que los peces
se pusieron de acuerdo
para enseñar los vientres al unísono
e luminar el fondo sin fondo de sus ojos.
Cuanto más se miraban más profundos
y anchos se volvían
y más se reflejaba su mutua transparencia.
Luego el viejo tranvía veintiocho,
las calles de La Alfama,
la adolescencia uniendo aquellas bocas
que escondían su amor en los portales.
Allí hicieron por fin brillar sus labios,
apartaron la ropa con los dientes
y bajo el descampado que encontraban
pintaban con la lengua sus promesas.
Un temblor entorpecía sus dedos
y abría un entramado de botones.
En aquella penumbra silenciosa
el cuerpo fue la luz de otro espejismo.
Perdidos uno en otro se juraron
memorizar las rutas de sus cuerpos.
En los fervientes viajes

que emprendieron las palmas de sus manos,
tuvieron la certeza de que hallaban
por fin sobre sus vientres
la tierra tantas noches prometida.

Salieron aturridos a la calle,
confundiendo el sabor de las salivas,
limpiándose uno a otro con un klínex
las huellas de su amor.

Creyeron firmemente que eran inmortales,
como todos los seres que se aman
de esa forma valiente
cuando no están heridos de relojes.

Como dioses antiguos
pudieron caminar sobre las aguas.
En la calle el granizo que explotaba
en los charcos
les pareció metralla de una batalla hermosa.

Profundamente heridos de nostalgia,
de esa extraña semilla que comienza
a germinar en el instante mismo
en que el amor rebosa,
se miraron el fondo sin fondo de sus ojos.
Lo mismo que sabían que a la nieve
la precede un ingrátido silencio,
supieron que el estruendo de tormenta
anunciaba con todos sus tambores
la larga recurrencia de unos días

que se habían jurado ir derrochando.
Ignoraban lo ciego que resulta el amor.
Salieron aturdidos a la calle,
la cruzaron
 confundiendo
el sabor de las salivas,
la cruzaron
 confundiendo
los dedos de sus manos,
la cruzaron
 creyendo
que eran inmortales.
Como dos mariposas se estrellaron
contra el cristal de un coche que pasaba.
Como dos serpentinas
volaron por el aire entrelazados.
Como dioses efímeros
cayeron sobre el agua y la tiñeron
con el vino de esa nueva alianza
que escapaba por todas sus heridas.
En la calle el granizo que explotaba
en los charcos
parecía metralla de una triste derrota.
Los enterraron juntos. No pudieron
desunir sus diez dedos ni cerrarles
los ojos que quedaron
anclados en el fondo ya sin fondo del otro.

No sabían lo ciego que resulta el amor.

No sabían que son polvo de estrellas.
Escoria de otros mundos que nunca conocieron.
Efímeras partículas de mundos
a los que nunca irán, y sin embargo
cumplirán largamente sus promesas.
Se amaron hasta el fin, y sus cenizas
polvo serán, mas polvo enamorado.

Hice tanto el ridículo

por no ser transparente a tu mirada.
Para que descansases tu brazo sobre mi hombro
y me hablastes de todos tus proyectos
jugué al fútbol, muy mal,
quemé libros,
atormenté a los perros
que después de follar
quedaban enganchados,
escupí, tiré piedras
en todos los cristales,
robé besos inútiles,
les bajaba las faldas a las chicas
para que tú rieras.

Pero yo no existía.
Tú, que eras el dios del instituto,
debías cultivar tus pedestales
y yo no era ni escoria
en la que sostener ese cemento.

Pero he visto el rabillo de tus ojos
caer en el perfil del urinario.
Los seres como yo, los invisibles,
hemos sido dotados de una ingente paciencia
y somos refractarios al escrúpulo.
Adaptación al medio. Lo explicaron en clase
mientras tú babeabas intentando
meter mano a cualquiera de las chicas.

Fue transcurriendo el tiempo
y tuve que cambiar mis estrategias.
Esperé, me humillé, gasté dinero
en drogas y en cubatas,
consentí que mordiesen
la aguja del caballo y sus espuelas
nuestros dos antebrazos si con eso
lograba que tus manos me tocasen.
Hasta que llegó el día.
Sangre, sudor y hierro, en ti cabalgan
por la joven arteria hasta la sima
del hipocentro mismo del deseo.
Consentiste por fin que me enfangara
por tu cuerpo pastoso y desmayado.
Porque tú no compartes.
No te haces responsable de qué cosas
ocurren cuando finges
que alcohol o droga o sueño
roen la consistencia de tu máscara.
Pero a mí no me importa. Con tal de apoderarme
de esa transigencia intensa y breve
soporto hasta los celos,
tus manos por el vientre de mi hermana,
su estúpida y pueril condescendencia
hacia el hombre que ella cree que eres.
Soporto las aristas del reproche.
Tus insultos después que te has corrido
aunque los dos sabemos que no irán más allá,
que vendrán más insultos cualquiera de estos días

cuando no puedas más y *tus mujeres*
dejen tus calzoncillos estirados
y tengas que ceder, fingir, degenerarte
en la perseverancia de mis labios.
En la tenacidad de mis diez dedos.

Porque desde mi dócil transparencia
yo también se fingir.
Yo sí te quiero.

Por eso no fue fácil

volver al instituto
cuando tú lo dejaste.
En algún sitio se me enredo tu espada,
se me clavó el acero
de esa droga adictiva
que consumí contigo
y el permanente síndrome
de su oscura abstinencia.
Me equivoqué al pensar
que esta forma de amar nunca cuarteaba
porque no está en su fin verificarse.

Pero dejaste un topo haciendo túneles
por dentro de mi cuerpo. Vaciándome
en cada montoncito que expulsaba
fuera de mí el sobrante del recuerdo.
Y para no quebrarme en tu carcoma
te busqué en otros cuerpos.
Pero no fue posible desprenderme
de lo que tuve que aprender de ti:
esa forma de amar sin ser amado,
esa sabiduría imperturbable
que da el amor que nunca se constata.
No existe más amor que el imposible.
Y es fácil distinguirlo. No se olvida.

Ya no puedo aceptar el amor dócil.
No soporto su cara de payaso.

Yo tengo que robarlo.

Busco el límite,
cuando no pueden más y necesitan
envolver su conciencia en un narcótico
sin saber que son ellos
los que caen en sus trampas,
y en el límite,
se entregan a mi expolio en su derrota
sonámbulos o zombis, como tú,
ofreciéndose en todo con los brazos inertes
para que yo decida la manera de amar.

Por tu culpa, en el límite,
me abrazo a los peligros
que están en la otra orilla del deseo
y me quemo en sus labios con una sed tan agria
y no me importa herirme
con éxtasis con whisky o heroína
o cualquier otro cuerpo que se meta en mis
brazos
con tal de que me amen como tú.
Con tal de que se dejen ser amados
aunque finjan después
que nunca sucedió
lo que desde el desprecio de sus ojos
se refleja en el fondo de los míos.

URGENCIAS

*Este beso ya no podrás negármelo.
Jean Arthur a Gary Cooper, muerto.*

Durante tanto tiempo imaginé,
entre tantas lecciones, ejercicios,
preguntas que, sabiendo la respuesta,
yo te hacía para que me miraras,
para poder rozarte, para olerte,
tantas veces jugué a cosas horribles
sólo para que me acabases eligiendo
aunque fuese al final, el último,
cuando ya no tenías más remedio
porque nadie quería que estuviese en su equipo,
incluso en ese instante tenías que mirarme,
señalarme, decirme: *ven aquí*,
después ya buscaría yo el momento
adecuado para que tropezásemos,
o para que pasases tu brazo por mi hombro
o me hicieses un gesto, *compañero*.
Todo cuanto aprendí, todo lo que hice bien
y mal , cuanto no hice, lo que soy
y no soy es por tu causa.
Si tú supieses lo que yo he fingido
por amarte, para que no supieses
cuánto era mi deseo y no asustarte,
si supieses cuántas noches en vela,

cuántos días en celo, cuánta fiebre,
cuánta pasión que nadie comprendía
por correr al colegio, incluso enfermo,
y en todos mis insomnios yo pensaba:
si me besase ¡uf!
si me besase.

Durante tanto tiempo imagine
ese instante, un solo beso, uno,
sólo rozar los labios.
Pero eras tan ajeno a mi claudicación
y yo tan transparente a tu mirada...

Y mírate aquí ahora, en esta UCI,
sin saber quién soy yo ni tú quién eres,
sin saber que esta bata de enfermero
también es por tu culpa,
que dependes de mí
en el único instante que nunca imaginé.

Yo, que siempre pensé que moriría
si te viese desnudo, si tuviese
estos labios tan cerca, con que sólo
mezclásemos saliva, con tocarte
sin que te diluyeses en mis manos
y ahora mismo
son tuyas mis heridas, todas ellas
se abren con tu sangre y yo no puedo
frenar tu escapatoria
hoy que precisamente te me entregas.

No hay vendaje ni amor ni fingimiento
que pueda suturar estas heridas
que te están vaciando entre mis manos.
Tantos años imaginé tus manos
y las mías debajo del pupitre
y el desertar de todas las cautelas
y entre el miedo ir cayendo en tu boca
y otra vez más te escapabas.

Cómo olvidar el rictus de tu beso
en otros labios,
cómo tu nombre estéril pronunciado mil veces,
cómo olvidar mañana
que tu cuerpo desnudo y accesible
hoy se me está muriendo entre las manos.
En qué abismos caeré infinidad de veces.

Sensación repetida
que vuelve de la infancia
ávida
de no haber poseído lo más fácil.
Este beso ya no podrás negármelo.



Mientras más me distancia

de su vida
y mientras en mi cama más se hunde
la silueta ausente de su cuerpo,
más habita en los sueños de los desconocidos.
Solo, extiende sus redes en la noche,
murciélagos, lechuzas, peces ciegos,
cazadores nocturnos son sus presas.

Entre la niebla tensa de una sauna,
en un parque sin luz,
en viejas estaciones, con las uñas
dibujan nuevas muescas en su espalda
y él afila su lengua en la cuchilla
mellada del deseo, aunque ya sabe
que hay avispas que esconden
las rayas de su abdomen en las sombras
en las que bebe él.

Cuando no puedo más salgo a buscarlo.
A explicarle
que en noches como esta necesito
esa boca en que guarda los silencios
que me unen a él.
A pedirle que vuelva.
A reclamarle todos mis insomnios
y esta adicción baldía a su recuerdo
y esta angustia que al fondo se revuelve
y me obliga, sólo por no encontrarlo,

a abrir mi corazón en este cuarto
oscuro para que otro se lo beba.
Entierro su recuerdo con el último
botón de mi bragueta y en el fondo
brilla un encendedor y oigo su risa.
Rasga mi placidez como un relámpago.

Alguien que no soy yo la está bebiendo
al borde de su boca en la que siempre
que me decido a entrar
está escupiendo.

El alba amordazó

todas las drogas
que aturdieron la noche con sus largos
graznidos.

Una luz fría, muerta, blanquecina,
espantó toda sombra de mi cama
e iluminó el espacio de tu ausencia.

Otra vez.

Otra vez las pociones paliativas
que en mis venas usé para olvidarte
se convocan en torno a tu recuerdo.
Es mi destino amarte en tus metáforas,
remitirme agotado a lo ficticio
de este inútil deseo que se empeña
en levantarse en contra de los fármacos.
Abro un frasco, lo huelo y tu figura
espectral,

huidiza,

reverbera

agitada sobre el vapor del *poppers*.

Apareces y mueres un instante,
el que dura el conjuro en mi cerebro.
Yo muero un poco más mientras desborda
el único placer que no puedes negarme.

MADRUGADA EN ALEX

Y de repente el mundo pareció congelarse
huir quedar exhausto
retener las pasiones como abatida estatua
y en doloridos vuelos
doblar
y hacerse sauce

Silencio
impenetrable
en el tumulto
Lentitud
Luz detenida

La soledad de los planetas jóvenes
alrededor del astro de la música
sudor

 desnudo
 en la pista
Frío sobre la piel de los lagartos
y de repente el mundo
 parece congelarse
y todo se detiene
como en un fotograma
De tus manos se escurre
la botella de agua
rueda entre los zapatos

se vacía

y las gotas pisadas
siempre en cámara lenta
 bailotean
hasta caer exhaustas contra el suelo
y ser pisadas
 otra vez
y mezclarse
con sudor
esa es su danza

Nadie te ve
 Los ojos
son espejos sin luz para las luces
que hieren con sus ráfagas de flashes

Alguien pisa tu mano No te quejas
y mientras yo me agacho a recogerte
tus ojos enganchados en las luces
se escapan como un pájaro espantado

No estaba planeado que esta noche
se hiciese de cristal tu corazón
y estallase
 nubes de polvo blanco
en los pulmones
 y perforase
el azúcar del éxtasis

con su fina metralla
los proyectos que hicimos

Mientras siguen los woofer
golpeando los tímpanos
a dónde dime fuiste
bailando en un silencio ya sin vida

El deseo,

como después supimos,
no había muerto con la primera tanda.
Tanto glóbulo rojo ensimismado
en trasegar sustancias al cerebro
y no nos percatamos que ese ímpetu
se estaba revolviendo ante su acoso
como animal herido.
Nos sorprendió esta vez con su agonía.
Supimos que iba a ser más larga que la otra.
Siempre sucede así. Nos habituamos
a ir cercando más su territorio
y él, en su defensa,
se vuelve en cada embate más suicida.
Cargamos nuestro empeño con más pólvora
y yacemos después como deshechos
de una guerra que olvida las razones
para empezar,

seguir,
o detenerse.

No sabemos no ser uno en el otro,
y en no aprender siquiera a ir enterrando
la miseria que nos mantiene juntos
tenemos nuestra propia penitencia.
Hasta que el aire se hace irrespirable
por culpa del olor a podredumbre
hay que seguir,
y hay que inhalar más para saciar
el ansia de acabar con el deseo.

Hasta no ser conscientes es preciso
llegar para encontrarnos mas cercanos.
Entonces
serán nuestros fantasmas los que emprendan
la más fácil tarea de entregarse.

Pero ni tú ni yo somos los mismos
que empezaron a abrir este pequeño
frasco donde guardamos nuestra estafa.

Él renueva el amor.
Él nos redime.
Él reverbera y todo
vuelve a ser como ambos deseamos.

El poppers, aire adentro.
Hay que apurar su ardiente bocanada.

A pesar del fervor

con que la lluvia
ametrallaba el cuerpo de los coches,
caminaban despacio. Parecía
que venían sin una procedencia,
que se alejaban sin tener destino,
como si llegar fuera un incidente
ajeno a cada paso que ambos daban.
Masticaban los últimos problemas
igual que los rumiantes,
con esa lentitud que da el convencimiento
de que tendrán que ser regurgitados
otra vez a la boca
para seguir moliendo.
Se notaba en las líneas de sus frentes,
en la escasa importancia que daban a los
charcos,
en la barra de pan y en el periódico
que estaban en sus manos, inservibles.

La lluvia hace las calles más estrechas.
Ninguno de los dos se percataba
de que otra vez la vida tropezaba con ellos.
Se alzaron tan de golpe
de un pozo tan profundo
que llevaban prendidos en los ojos
colgajos de la sombra en que vivían
cuando por fin clavaron sus miradas,
uno en otro durante un largo instante,

y casi se sonríen.

Pareció que intentaban volver a conocerse,
volver a situarse en el mundo inequívoco.

Pero eran rostros viejos, caras nuevas,
lo que vieron los dos.

Supieron que volvían de otro tiempo,
de un espacio perdido e inmedible,
sin paralelos y sin meridianos,
del lugar inexacto al que se emigra
cuando no se es amado y no se ama
y no se espera porque no hay razones.

Todo ocurrió muy rápido.

Aunque sin el menor convencimiento
trataron de evitarse, se rozaron los hombros.

El viento, el sol, la lluvia,
hacen siempre las calles más estrechas.

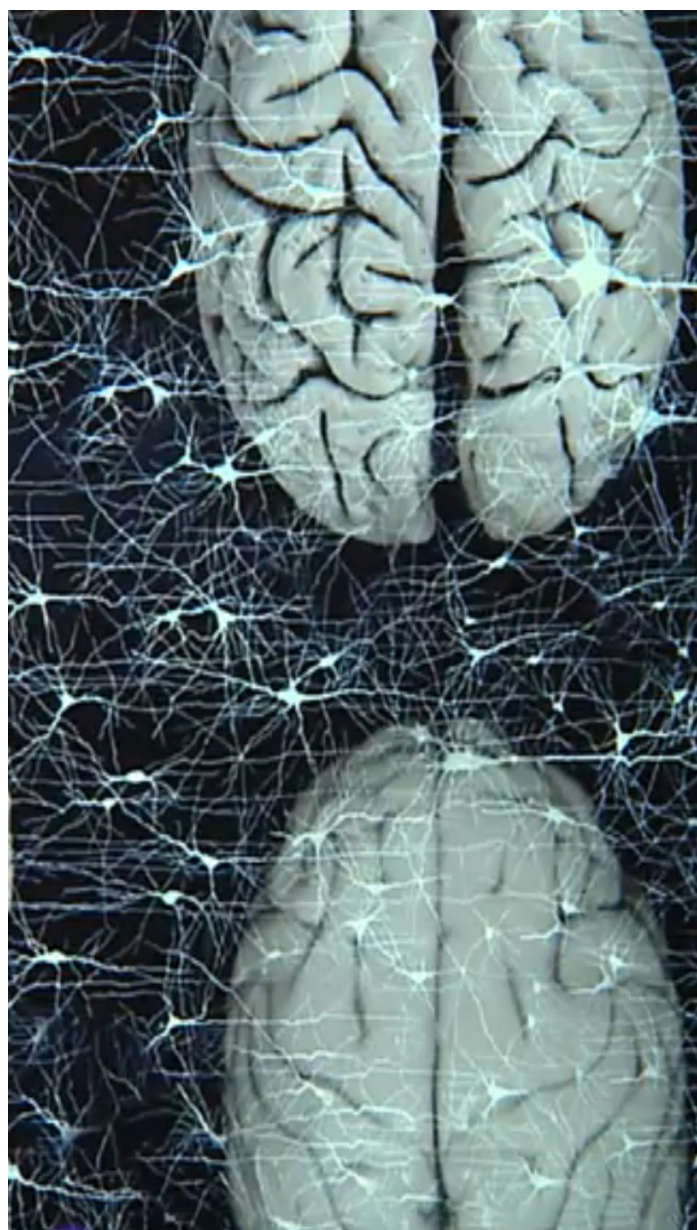
Ninguno de los dos cedió al recuerdo.

No se tendieron trampas, no aceptaron
quemarse como insectos en la antorcha
que de nuevo ante ellos se encendía
después de que otro tiempo y otra lluvia
la hubiesen extinguido.

Ninguno de los dos giró atrás la cabeza
y tampoco ninguno de los dos lo supo.

No vieron sus espaldas alejarse.

La lluvia, a cada paso, dibujaba
dos meridianos más de lejanía.



Los observo reír.

Se abrazan.

Beben.

Únicamente yo
concedo eternidad
a esas conductas.
Juventud. Para ellos
todo es aún la escoria
de los días.

En realidad no existen. Sólo valen
para hacer más robusta la certeza
de que esta soledad
se ceba en el derroche
de sus días.

La vida es la moneda
que me cubre los ojos
para pagar el tránsito al barquero.

Se me olvidó reír
y ya no abrazo.
Derrocho mis monedas en bebida
porque hoy es la nostalgia
de mis días
la herencia de la envidia y del deseo.

Hoy, otra noche más,

el tiempo juega.
Se divierte ocultándose,
me abraza por la espalda,
me susurra al oído palabras que conozco.
Ahora es tarde, le digo.
Pero él sigue jugando.
Hace ondear las sábanas,
repliega las cortinas,
extrae de su chistera
un deseo cansado.
Lo hilvana torpemente.
Me empuja hacia los coches
que dejan en la calle
los rastros luminosos
de su urgente existencia.

La noche nos encubre o nos señala.
No hay como en otros tiempos
vaga indefinición, materia, caos.
No hay nada primigenio.
La vida indesignada se parcela,
los grandes mercachifles de los dioses
al dividir obtienen plusvalías.
Nos dejan las acciones del amaos
los unos a los otros
y a los otros
y a los otros,
pero no a tantos otros como nos gustaría

para poder vivir del dividendo.
¡Ay, el tiempo!
papel mojado es entre las manos,
regulación de empleo para las esperanzas
de ser amado aún con los ojos abiertos.

El verbo se hizo carne.
Se pudrió entre nosotros.
Se afilan los extremos de la noche.
Cierro los ojos, veo
que el mundo encuentra sórdidas ranuras
para intentar fluir sin alborozo
y aquellos que deciden ser amados a ciegas
notan sobre su espalda las esquirlas del tiempo.

Aquí no hay nada mío. Ni prestado.
Ni hay apego al deseo
porque su único afán es resistir, y esa
es la guerra más cruel que me declara.
Se tiene en pie
con voluntad ajena a quien lo expira.
Me abrazan por la espalda los hijos de la muerte,
vomitan en mi oído su alimento,
quieren seguir, quieren que los transporte
porque no tienen piernas
y han de agarrarse a quien los disemine.
Ahora llevo estos fardos sin saber hasta dónde,
ni para qué, ni importa
qué cuerpo elegirán para apearse.

Se afilan los extremos de las sombras.
El tiempo juega ahora con barajas marcadas.
Me empuja hacia los cuerpos que dejan en la
calle
los rastros luminosos de su urgente existencia.
El amor, si algún día lo hizo, ya no salva.
Cierro los ojos. Veo
que el verbo se hizo carne
y que se pudre en todos.



Les hago más sencillo

su trabajo.

No son peor que los electricistas,
músicos, fontaneros, albañiles,
notarios, asesores, terapeutas.

Mercenarios,
sí, qué importa por qué servicios cobran
si hacen bien la tarea encomendada
y además te sonríen.

No como algunas tristes dependientas,
y teleoperadoras de atención al cliente
a quienes también pago por peores servicios.

Me resulta muy fácil
pagar por el amor
y disfrutarlo.

No pido nada nuevo.

Lo de siempre.

Lo que saben hacer mejor que nadie:
dejarse amar,

cargar como fantasmas con la sábana
que todos les echamos por encima
para olvidar un poco lo que somos
y, un día más, creer

que habrá otro día y que un nuevo fantasma
aceptará ocupar ese vacío

plagado de agujeros

que no puede llenarse sin engaños.

No hay monedas que paguen

esa condescendencia
porque lo que se bebe en esos cuerpos
no es belleza, ni juventud, es vida.
¿Y cuál es la tarifa de las víctimas
en un acto vampírico?

Los amigos me dicen
que tiro mi dinero,
que me están engañando,
que vienen a sacarme cuanto pueden,
dicen que hago el ridículo,
que no hay futuro en lo que me están dando,
que fingen el amor.
¡Que fingen el amor!

me dicen mis amigos.
No saben que yo siempre
pagué por el amor más que su precio
y que empecé mi infancia
e hipotecué también mi adolescencia,
que gasté mi presente,
y a veces mi salud,
en cuerpos que fingían sentirlo
o ignorarlo.

¡Que no hay futuro! dicen.
No saben que las vidas más largas del amor
no me duraron más que unos minutos.
Ni que siempre fue el mismo
repetido una vez y otra vez más
en cada cuerpo anónimo

buscando el que no tuve,
el que no pude,
el que no supe.
Que en mí, el amor, igual que en los vampiros,
jamás tuvo futuro,
que siempre fue un pretérito imperfecto,
que el presente,
como muy bien define la gramática,
*es un tiempo absoluto de aspecto perfectivo
más bien neutralizado,
donde acción y enunciado coexisten.
Por eso no refiere exactamente
una acción terminada.*

Y CON ESTO TERMINO DE HABLAR SOBRE EL AMOR

Con qué impostado afán de trascendencia
me demuestra que él es fin en sí mismo.

No quiere intermediarios que confinen
la anchura de su ingrátido principio.

Sólo a tiempo parcial.

Así son los contratos con sus distribuidores.

Acepta con desdén manifestarse

ante mis ojos crédulos

como una religión, un dogma, un clavo

al que me agarro con firmeza

para desgarrar, siempre, las manos con sus
hierros.

Se muestra en su soberbia

para ignorarme luego o despreciarme.

Prescinde de ridículas plegarias,

no hace caso a promesas, las incumple.

Es mezquino, huidizo, vengativo,

es igual que una puta porque cobra

por los breves placeres que concede.

Y por esos deslices me conoce tan bien.

Emplea en sus bajezas los secretos

que susurré cien veces en su oído

cuando por vez centésima engañado

creía que era mío.

Que esa vez sí era mío.

Me deja poseerlo fugazmente
y me ofrece sus tetas dilatadas
para dar de mamar a un nuevo sueño,
pero sólo lo estrictamente necesario
para engañarme más.
Ni una gota malgasta, ni una sola.
Es avaro, me mantiene famélico
y así en esta impaciente dependencia
yo me vuelvo a postrar,
a suplicar,
a mendigar las gotas que me dejen
extender unas alas gallináceas
que levantan el vuelo unos centímetros
para otra vez caer sobre el estiércol.
Se maquilla, me restriega su brillo,
me deja emparentar con su apariencia,
me deja ver sus formas,
como si un cuerpo fuese
el humilde vehículo
que utiliza para manifestarse.
Me nutro del efímero espejismo
que exhibe alguna vez por sus ranuras.
Brillo en la escasa luz que sé robarle.

No espero nada de él,
sólo me necesita para seguir vendiendo
su oxidada quincalla.
Ya sé que únicamente es purpurina
lo que me vende a precio de aureola.



*Todo lo construido sobre el aire
nace con el remordimiento del desplome*

NOTAS:

- La fotografía de las flores de la página 9 pertenece a Resim & Fotograf.
- De la fotografía de la página 13 (catedral inundada) es autor Pablo Genovés.
- La imagen de la página 39 es una obra de Jean Baptiste Francois Desoria (1786)
- El dibujo de la página 55 es una obra de Joseph Maca (1778) (Hombre desnudo encadenado), que se encuentra en la Universidad de Sevilla.
- Las fotografías de la tapa, contratapa, página 4, 23, 24 y 61 pertenecen a A. Céspedes.
- El resto son imágenes anónimas tratadas digitalmente.

Página

Algunas cosas...	5
Y qué	15
Fuimos creciendo juntos	18
Otra vez más	20
Fue el vértigo	25
Viaje de fin de curso	27
Hice tanto el ridículo	31
Por eso no fue fácil	34
Urgencias	36
Mientras más me distancia	40
El alba amordazó	42
Madrugada en Alex	43
El deseo	46
A pesar del fervor	48
Los observo reír	50
Hoy, otra noche más,	51
Les hago más sencillo	56
Y con esto termino	59
Notas	63
Índice	65
Biografía	66

BIOGRAFÍA:

ALEJANDRO CÉSPEDES (Gijón, diciembre, 1958) es licenciado por la Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación de la Universidad de Oviedo. Residió en Madrid durante más de 30 años, a partir 2017 lo hace en Oviedo. Su trayectoria profesional desde 1980 se desarrolló en el campo de la gestión cultural en todos los ámbitos de la administración pública, compaginándola desde 1994 con la gestión y dirección de espacios escénicos, programación, producción, distribución y dirección escénica: (INAEM, Comunidad de Madrid, Festival de Otoño, Veranos de La Villa, Teatro Fernán Gómez y los Ayuntamientos de Madrid y Móstoles; también formó parte durante 10 años del Comité de Dirección del Festival de Internacional de Teatro Madrid-Sur con José Monleón). Miembro de la SGAE desde los años 80, compuso letras de canciones para importantes músicos españoles, entre los que destaca Luz Casal.

Realizó crítica de poesía en el suplemento cultural del diario El Mundo desde 1998 a 2002; fue miembro fundador y del Consejo Editorial de la revista Número de víctimas del Foro de Escritores contra la Guerra del Ateneo de Madrid y responsable del Área de Poesía de la revista La Cultura de Madrid. Ha publicado sus poemas en Insula, en los diarios ABC y El Mundo y en la mayoría de revistas literarias españolas. Desde 2009 a 2011 codirigió el programa de poesía Definición de savia en la Radio del Círculo de Bellas Artes de Madrid, y en la Cadena SER fue responsable de la sección de literatura y teatro del programa Café con hielo.



PREMIOS LITERARIOS: Ha obtenido, entre muchos otros, el Premio Jaén de Poesía, 2009; Premio de la Crítica de Asturias, 2008; Premio Blas de Otero, 2007; Hiperión, 1994; Navarra de poesía, 1985; Internacional Villa de Lanjarón, Granada, 1985 y Ángel González, Oviedo, 1984, así como el accésit del Premio Internacional Teatro Español de Madrid, 1985 y el Premio Standard de Textos Teatrales, 1977.

PUBLICACIONES: El aliento del klai (Huerga y Fierro- Rayo Azul, 2020); Las caricias del fuego (Amargord, 2018); Voces en off, (Amargord, 2016, 2ª ed. 2017); Topología de una página en blanco (eBook, Códice de Barras, 2011, y Amargord, 2012); Flores en la cuneta (Hiperión, 2009); Los círculos concéntricos (AEAE, 2008); Sobre andamios de humo –Poesía reunida– (Vitruvio, 2008); Y con esto termino de hablar sobre el amor (incluido en Sobre andamios de humo); Hay un ciego bailando en el andén (Hiperión, 1998); Las palomas mensajeras solo saben volver (Hiperión, 1994); James Dean, amor que me prohíbes (Pamiela, 1986); La noche y sus consejos (Genil, 1986), y las plaquettes La escoria de los días (Madrid, La esfera, 2009) Tú, mi secreta isla (Málaga, Plaza de la Marina, 1990) y Muchacho que surgiste (Santander, Scriptum, 1988)

"POESÍA ESCÉNICA Y VÍDEO+POESÍA: Desde 2008 ha desarrollado un importante trabajo en los ámbitos de la video+poesía y la poesía escénica con la dramatización y puesta en escena de vídeo-espectáculos para las lecturas de los libros: *Los círculos concéntricos*; *Flores en la cuneta*; *La libertad del títere*, sobre textos de *Topología de una página en blanco*; *Voces en off*, *la invención del espacio*, con dos dramaturgias diferentes: una para cinco personajes y otra para uno solo; y el último trabajo: *Las caricias del fuego*, una película de 1 h de duración sobre los abusos sexuales en la infancia realizado a partir de textos del libro del mismo título, además de un vídeo-espectáculo acompañado de una lectura dramatizada.

Estos espectáculos se han representado/proyectado en el Festival Internacional de Cine de Gijón (FICX PLUS), Pequeño Cine Estudio de Madrid, Teatro Fernando Fernán Gómez, Centro de Creación Contemporánea-Matadero, Palacio de Cibeles y Auditorio de la Delegación del Principado de Asturias (todos ellos en Madrid), Teatro Filarmónica de Oviedo, Auditorio de Cuenca, Sala Carme Teatre, Festival Vociferio 2018 (Valencia), Teatro Palacio de la Audiencia (Soria), Teatro Circo (Puente Genil, Córdoba), Museo Barjola, Auditorio de la Antigua Escuela de Comercio y Teatro del Centro de Cultura Jovellanos (todos ellos en Gijón), Centro Cultural de la Generación del 27 (Málaga), U. de Zaragoza, además de en otros espacios de la geografía nacional.

<http://www.alejandrocéspedes.com>



<http://www.bibliotecavirtualaceb.org/>

